

LA PALABRA MAGISTRAL Y LA VISIÓN CRÍTICA DE RAMÓN DE ZUBIRÍA

No es mi intención principal aquí resaltar o insistir sobre las múltiples cualidades que resplandecían en la persona de Ramón de Zubiría, a pesar de su desaparición; pero no quiero dejar de decir que, para quienes lo conocimos de cerca, su bondad, generosidad, inteligencia, sensibilidad, finura, simpatía y elegancia fueron paradigmáticas; también su increíble valentía ante la desgracia, su entereza, su rectitud están y estarán siempre presentes para quienes tuvimos la suerte de ser sus discípulos, sus amigos o sus allegados; para quienes lo conocieron ocasionalmente, su señorío, su exquisita amabilidad sin distingos y, otra vez, su simpatía e inteligencia, unidas al carácter jovial y abierto de este cartagenero cosmopolita (universal, tal vez le hubiera gustado más a él), resultan difícilmente olvidables; para los que no lo conocieron me imagino que lo que cuenta es la importancia objetiva y pública de su ejecutoria, su lugar en la historia de la esmirriada cultura nacional.

Quisiera aportar en este último aspecto unas modestas reflexiones nacidas de una relación de maestro a discípulo —entre otras— que comenzó hace casi cuarenta años —siento el orgullo de ser su más antiguo discípulo— y que se mantuvo, de una manera u otra, durante todo este tiempo.

Cuando en el año de 1957 Ramón de Zubiría llegó a Bogotá con la misión de fundar la Facultad de Filosofía y Letras

de la Universidad de los Andes, hasta entonces una institución predominantemente tecnológica, aunque introductora en Colombia del concepto humanístico en los estudios de las diversas carreras técnicas, con él llegó —entre otras cosas, a las cuales no haré referencia aquí— algo de lo que carecía la enseñanza de las humanidades, especialmente de la literatura, en este país de literatos —gramáticos poetas, poetas a secas, poetas profesores, poetas abogados, poetas políticos, poetas generales, poetas presidentes, poetas, poetas—. . . Venía de terminar su doctorado en la universidad de Johns Hopkins, en Baltimore, donde había estudiado con Leo Spitzer, figura fundamental en la crítica e investigación literarias de nuestro tiempo. De Spitzer había conocido el rigor teórico de la hermenéutica y el rigor práctico de la estilística, es decir, un enfoque sistemático y no impresionista o caprichosamente individual de la crítica literaria y de su enseñanza. Pero su temperamento profundamente latino (hagamos la concesión), tropical, mucho más intuitivo que racionalista, lo llevó a recibir las enseñanzas de otros profesores, poetas profesores, con mayor aprovechamiento.

En efecto, Zubiría tuvo la oportunidad de escuchar o de estudiar con muchos de los más distinguidos exiliados españoles: tuvo, por ejemplo, el privilegio de asistir a las penosas mas iluminadoras clases de Luis Cernuda en los veranos de Middlebury College; pero fueron Jorge Guillén y, sobre todo, Pedro Salinas, quienes más influyeron en su práctica pedagógica y en sus preferencias metodológicas. En España conoció y estudió la obra de Dámaso Alonso, de quien fue amigo personal, y así, la recién creada “ciencia” de la estilística —rechazada, en su caso, la erudición, la investigación— fue el método que encontró como más acorde a su personalidad y su talento. Escribió su tesis sobre *La poesía de Antonio Machado*, trabajo que, una vez publicado (Editorial Gredos), se convirtió en un clásico de los estudios machadianos¹, bajo la dirección de Salinas, inicialmente, y, muerto éste, de Guillén.

¹ Si no me equivoco, el libro (1955) va ahora por la tercera edición, primera reimpresión.

A este libro nos referiremos más adelante. No publicó mucho más, aunque había realizado investigaciones sobre la poesía de su amigo, el poeta cartagenero Luis Carlos López, y sobre la de Jorge Guillén (trabajo cuyo original le fue robado por algún caco analfabeto), entre otros temas. Por una razón u otra, pero yo creo que porque era esencialmente un gran talento oral, un conversador inagotable, un espléndido profesor — sin el menor asomo de pedantería — en permanente trance de comunicar, su obra escrita es muy reducida. Lo suyo era otra cosa, desde la iluminación de su palabra profesoral, hasta los poemas que dejó inéditos o las sabrosas letras de porros que escribió.

Cuando llegó a Bogotá, en 1957², e introdujo en diversos círculos intelectuales el nuevo rigor, la nueva objetividad crítica, inició el primer intento de mostrar que, al lado del impresionismo y de la opinión, autorizada o no, de nuestra tradición crítica, podía haber un conocimiento riguroso, serio, objetivo y sistemático de la literatura, en un país donde uno de los poetas-críticos clásicos solía soltar en sus clases: “La estilística está muy bien, pero eso es para la literatura francesa o española; la colombiana no llega para tanto”. Por “estilística” se refería a cualquier enfoque crítico distinto del impresionismo, de la opinión individual, subjetiva — muchas veces, hay que decirlo, de gran penetración y plena de acierto. Creo no exagerar al decir que el tratamiento de la literatura en Colombia estaba repartido tradicionalmente entre los gramáticos y los poetas, pero con ventaja para los primeros. La labor del Instituto Caro y Cuervo, del cual Zubiría fue cercano y constante colaborador, por otra parte, así lo demuestra.

Aparte de su labor pedagógica, a lo largo de su vida desempeñó otras actividades con brillantez y eficacia: fue rector, embajador, académico, etc. Pero yo quisiera mantenerme

² Recuerdo el día en que nos reunieron a todos los estudiantes de la universidad para conocer al recién llegado decano. Algunos, como el músico Germán Borda y yo mismo estábamos convencidos de que era extranjero, español, vasco, por su apellido. Cuando empezó a hablar, el músico Borda y yo nos miramos sorprendidos y éste dijo: “A mí me parece más bien costeño”.

en su faceta de profesor y en la labor que desarrolló en el sistema educativo colombiano — no sólo respecto a la enseñanza de las humanidades y la literatura—: desde su posición de rector también influyó considerablemente en la modernización de la enseñanza universitaria en general en Colombia.

La posteriormente fragmentada (y destruida de modo tan irresponsable) Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes, que él fundó (a partir de la idea promovida por la inteligencia de Daniel Arango), como ya he dicho, y modeló y organizó de la manera más moderna y racional en aquellos momentos, siguió en esencia la tradición humanista europea: amplia formación básica en filosofía, en historia, en lenguas clásicas, en castellano, plan de estudios racional y riguroso, sistematización de la adquisición de conocimientos, estructuración histórica; nada del modelo “supermercado”, que suele presidir la enseñanza de las humanidades en ciertos países, hoy imitados servilmente. En esta labor fue secundado por filósofos como el tan brillante como mal conocido Tomás Ducay y, posteriormente, Danilo Cruz Vélez, o lingüistas como el sabio Manuel José Casas Manrique o, en su primera etapa, Carlos Patiño Rosselli, entre otros muchos; el modelo se basaba, para bien o para mal, en el respeto a la cultura occidental tradicional y moderna, hoy en entredicho entre tanto y tan frívolo e inconsistente enemigo/a del “canon” y del “centro”, y en el intento de su asimilación sólida y sistemática, antes de coquetear con las últimas modas. A don Ramón le gustaba citar una frase, creo que de Alfonso Reyes, sobre el “magisterio de la persona”. Nada más acertado para aplicárselo a él mismo. Desde la noble superación de limitaciones físicas, su verbo abundoso — muchas veces disperso por su propia fuerza —, su sensibilidad, su imaginación, su búsqueda de la expresión justa, la fidelidad al texto, el acertado aprovechamiento de fuentes de apoyo, el interés y el respeto por los alumnos, pero sobre todo su capacidad de abrir horizontes desconocidos a los neófitos — ¿para cuántos no significó su acción formadora un verdadero vuelco en nuestras vidas? —, hacían de él un profesor insuperable, un verdadero *maestro*. Y permítaseme decir que desearía el pri-

vilegio de maestros como él para todos los que se inician en el dificultoso y despreciado campo de los estudios intelectuales. Él les daba a sus estudiantes, con su enseñanza y con su ejemplo, la seguridad de que lo que hacían era digno, necesario y tal vez indispensable.

Durante muchos años don Ramón fue orientador, entusiasta conductor de la Facultad, función que sólo se amortiguó cuando fue elegido Rector de la Universidad de los Andes. Entonces ocupó el cargo de Decano de la Facultad otro intelectual de excepcional valor y de acción fecundísima en el campo de la enseñanza de la cultura: el filósofo Danilo Cruz Vélez. Pero don Ramón (como, en 1958, el reducido grupo de estudiantes fundadores de la Facultad, comenzamos a llamar en señal de cariñoso y familiar respeto — que él, con sentido del humor, decía no merecer ante sus antecesores en el nombre: Valle Inclán, Menéndez Pidal, Gómez de la Serna — a quien sus iguales o igualados solían [o suelen] llamar Tito), siguió siendo siempre un fundamental estimulador y un formidable apoyo para una Facultad recién nacida, que sobrevivía con dificultades pero con dignidad entre los desprecios o incomprensiones de tecnócratas, econometristas, politónomos, gerifaltes de la industria o el comercio o salvadores de la patria.

Pero no voy a hablar aquí de lo que fue la antigua Facultad de Filosofía y Letras, de la que tanto nos enorgullecimos quienes fuimos (somos) sus productos y que, a mi juicio, tanto representó para la cultura nacional en el corto período de tiempo en que se le permitió funcionar con marginación pero con independencia, con criterio genuinamente profesional de la cultura, con un claro proyecto pedagógico y formativo, lejos de la improvisación y el impresionismo o del *snobismo* típicos de nuestra educación cultural (de los cuales, por desgracia, la Facultad no se vio libre posteriormente, antes de que mentes desaprensivas la destrozaran y la redujeran a esmirriados departamentos norteamericanizantes).

Aquí quiero recordar la figura del mejor profesor que he conocido en cualquier universidad europea o americana (y llevo cerca de treinta años en ellas) y sobre todo, su acción

desveladora, su tarea iluminadora, no sólo en la comunicación específica de la literatura, en lo cual era punto menos que insuperable, sino en muchos aspectos de la experiencia cultural, espiritual, de quienes tuvimos el privilegio de ser sus discípulos³. Para él, la docencia era sinónimo de creatividad y el principio fundamental de la misma, el estudiante:

... si la universidad fuera un círculo, el punto central de convergencia de todas sus funciones estaría en la docencia, en el binomio que, en su centro, forman alumno y profesor. Y he nombrado primero al estudiante porque él debería ser el personaje central de la universidad⁴.

Constantemente nos estaba descubriendo no sólo la belleza escrita, sino perspectivas nuevas, modos de ver el mundo que eran una jubilosa novedad para estudiantes de veinte años, salidos de colegios donde eso de la literatura, la filosofía, la cultura se reducía a los retiros “espirituales” o a una penosa clase dictada por un eclesiástico aburrido o un modestísimo profesor marginado. Incluso para quienes nos sentíamos en desacuerdo con muchas de las afirmaciones de este “católico, apostólico y cartagenero”, como él solía definirse, para los que teníamos reparos frente a algunos aspectos tradicionalistas de su ideología, siempre resultó admirable su talante liberal — en el mejor y más amplio de los sentidos —, su tolerancia, su señorío intelectual y su respeto por quienes no pensaban como él. Porque lo que él enseñaba era eso: tolerancia en tierra de dogmáticos y violentos, reflexión en pagos de repentistas y chapuceros, cortesía y respeto en medio de malas maneras y prepotencias. Sí, pero además, su talento y su formación llevaban a una honda comprensión de las bellezas poéticas, de las urdimbres novelísticas, de las dialécticas teatrales. (Nunca olvidaré aquella clase en la que a mí se me reveló

³ Quiero aquí rendir homenaje también a dos compañeros de entonces malogrados en plena juventud: Jorge Rodríguez Romero y Gonzalo Hernández de Alba.

⁴ RAMÓN DE ZUBIRÍA, *Docencia y creatividad*, artículo de su libro póstumo *La dignidad del coraje*, al que me referiré más adelante.

con toda claridad la diferencia entre lo que era verdadera poesía y agradable floreo: con su peculiar retórica, efectísimamente, dijo algo así como: “no es lo mismo decir, como Agustín Lara:

Guadalajara,
Guadalajara,
huelas a pura
tierra mojada...

que decir, como don Antonio Machado:

algo que es tierra en nuestra carne siente
la humedad del jardín como un halago...).

Más arriba he hablado del “magisterio de la persona”. Magisterio de la inteligencia, de la sensibilidad, de la bondad, de la tolerancia. Eso sí, desde la abundancia: en aquellos tiempos, la “vena irrestañable”, como él mismo calificaba con humor su propia facundia, llegaba a hacer que muchachos y muchachas de veinte años estuvieran prendidos de sus palabras muchas horas después de que la clase terminaba. Después, como todos, tal vez no sabía no repetirse... Tal vez divagó (tal vez abrumó) pero jamás mintió; deslumbró mucho más que fatigó y, en fin, dejó tan recia memoria de sí entre tantos otros hombres y mujeres, fue tan generoso en todos los sentidos, pero especialmente en el intelectual, que se merece todos los homenajes que puedan rendírsele.

La poesía de Antonio Machado, el único libro que dejó publicado⁵, es un estudio ejemplar de esa corriente que se puede ejemplificar en todos aquellos trabajos cuyo título empieza *La poesía de...* y que probablemente fue iniciada por el libro incomparable de AMADO ALONSO *Poesía y estilo de Pablo Neruda. La poesía de Vicente Aleixandre*, de CARLOS BOUSOÑO, *La poesía de Miguel Hernández*, de J. CANO BALLES-

⁵ Acabo de recibir el libro, publicado por el Instituto Caro y Cuervo y la Universidad de los Andes (Bogotá, 1998), *La dignidad del coraje*, en el que se recogen los textos sueltos que se encuentran entre los papeles que custodia su viuda, doña Carmen Vélez de De Zubiría.

TA, *La poesía de Jorge Guillén*, de A. DEBICKI, *La poesía de Rosalía de Castro*, de M. MAYORAL ⁶, entre otros muchos títulos ⁷, constituyen un cuerpo de investigaciones de consideración, unas más consultables que otras, pero todas inspiradas en los mismos principios analíticos interpretativos. Hoy en día quizá las corrientes críticas se dirigen hacia otros derroteros, pero varios de los libros mencionados, y otros más, siguen siendo indispensables en la investigación literaria de las letras hispánicas, pese a quien pese.

El libro de Zubiría demuestra, en primer lugar la exquisita sensibilidad de su autor, su agudísima comprensión de la palabra poética, así como su amor por la poesía de quien, indudablemente, es el primer poeta español del siglo xx (que acabado nos faculta la rotunda afirmación). Además, trasunta el modo "saliniano", lleno de sensibilidad de poeta y de notable ingenio crítico y expresivo de afrontar los textos literarios, combinados con el rigor "germánico" (pero no menos comprensivo) spitzeriano o alonsiano (más Dámaso que Amado, eso sí).

La metodología de la investigación la resume el autor mismo en las siguientes líneas:

- 1) Estudio de los temas, análisis de las ramas principales, las cuales, aun cuando parecen a primera vista gozar de una relativa independencia, están, con todo [...] ligadas de modo insoluble a un tronco común, a una concepción temporalista del mundo y de la vida.
- 2) Análisis de su teoría poética que es, como si dijéramos, lo que da unidad de conformación, de aspecto exterior a todas las ramas de ese árbol.

En esta declaración de intenciones metodológicas se transparentan ideas y procedimientos salinianos (por ejemplo, los de *La poesía de Rubén Darío*, del que parece salir la metáfora

⁶ Todos publicados por la Editorial Gredos, dirigida entonces por el maestro de la Estilística Dámaso Alonso.

⁷ Lista a la cual quisiera añadir, con toda modestia y en ultimísimo lugar, pues creo que es pertinente, mi tesis de Licenciatura, dirigida por don Ramón y después publicada por la Universidad de los Andes, *La poesía de José Asunción Silva*.

del árbol temático — en este último caso, el erotismo, en el de Machado, la temporalidad). Pero también creo notar ecos del conocido “círculo hermenéutico”, que utilizaba Spitzer en sus investigaciones (“el todo ilumina el detalle, el detalle aclara el todo”).

Algunas afirmaciones centrales del libro podrían discutirse desde varios puntos de vista; así, por ejemplo, lo de que

[...] lo innovador en Machado pertenece principalmente al orden de lo formal [...] En cambio, en lo espiritual fue tradicionalista.

En primer lugar tal división parece difícil de aceptar (sobre todo cuando uno de los principios básicos de la estilística, en el que el propio Zubiría insistía tanto en sus clases, es el de la imposibilidad de separar el “fondo” de la “forma”), pero más difícil aún es aceptar, hoy en día, la idea de un Machado “tradicionalista”, con todo lo que connota esa calificación. Podría, al contrario, verse la poesía de Machado como el paso más vanguardista de ese movimiento literariamente conservador en el fondo (con la excepción de Valle Inclán) que fue la llamada Generación del 98.

Pero tal vez lo más notorio del libro es su intención básica de realizar una lectura de la poesía machadiana desde una perspectiva total e integral. Como dice su autor,

Mucho se ha escrito sobre la poesía de Antonio Machado en los últimos años. Sin embargo, a pesar de la gran utilidad e indiscutible mérito de muchos de esos trabajos, fuerza es confesar que no hay entre ellos, que sepamos, ninguno que sobrepase las lindes de lo fragmentario o particular y que aspire a dar, de la obra machadiana, una visión de conjunto, a abarcarla en su totalidad [...]. Y ya es hora, después de estas exploraciones parciales, de que esa obra sea vista como un todo armonioso, en la integración de todas sus partes, revelando, si es que ello es posible, el secreto de su orgánica unidad. Eso es, precisamente, lo que hemos querido hacer en el presente estudio.

Probablemente, este proyecto de totalización e integración se vea hoy como demasiado ambicioso, ilusorio, tal vez como constitutivo de un mito que fomentaron los investigadores de la estilística, según el cual era posible “agotar” las claves poéticas de un autor o una obra y, además (prejuicio “estructu-

ralista" tal vez *avant la lettre*), que esa era la única lectura o, al menos, la más acertada, de la obra literaria. Después, de 1955 hasta hoy, se han realizado innumerables lecturas e interpretaciones de la poesía de Machado (especialmente en el año de celebración del centenario de la Generación del 98), y tal vez algunas entren en contradicción con la del libro de Zubiría, pero no resulta demasiado arriesgado decir que este libro fue el primero que, con métodos modernos y más seguros que las meras intuiciones (desde luego indispensables), realizó un estudio global y sistemático sobre todos los aspectos de la poesía del sevillano, tanto los temáticos, como los expresivos, simbolismos, métrica, adjetivación, etc., integrándolos, después del análisis en una interpretación unitaria⁸.

Sin embargo, a mí me parece que no es ese el mayor valor de la investigación zubiriana. Este libro fue tal vez el primero en señalar a Machado como poeta simbolista. Después habría de plantearse la polémica realismo/simbolismo, en la poesía española del siglo xx (principalmente por José María Castellet en un texto ya clásico e indispensable⁹) y a dividirse la poesía de la posguerra en esas dos vertientes, la una progresista y la otra reaccionaria (para hablar en los términos un tanto simplistas de los sesenta). Consecuencias de la Guerra Fría, que llegaron hasta el lenguaje poético.

Algunos de nosotros (me refiero a sus alumnos) vimos en Machado al adalid del progresismo, del lenguaje popular, de la referencia directa y lacerante a la realidad más o menos inmediata. El Machado de *Campos de Castilla*, el de

Castilla miserable, ayer dominadora,
envuelta en sus harapos, desprecia cuanto ignora

Otros, como el poeta Jorge Rodríguez Romero o el músico Germán Borda, veían más al Machado de *Soledades*, al de

⁸ Con ello se podría responder a la ingeniosa definición de la estilística que solía dar Joaquín de Entrambasaguas (seguramente para pinchar a Dámaso Alonso, su frontal enemigo): "La Estilística corta, pero no cose".

⁹ En el prólogo a su Antología *Veinte años de poesía española (1939-1959)*, Barcelona, Seix Barral, 1960.

Así voy yo, borracho melancólico,
guitarrista lunático, poeta,
y pobre hombre en sueños
siempre buscando a Dios entre la niebla.

Todo esto lo promovía la palabra zubiriana en nuestras jóvenes sensibilidades. Ahora, después de tantos años, estoy convencido de que Zubiría, los poetas y los músicos tenían razón: el gran Machado era el simbolista, aquel cuyo verbo se erizaba de significados misteriosos y refería, no a la mediatez, sino a la inmediatez (para usar los términos de Edmund Wilson, no al *short range* sino al *long range*). Recuerdo muy bien unas palabras de Daniel Arango, el representante, para nosotros, entonces, de la sensibilidad inteligente (pero no “rigurosa”: siempre andaba diciéndonos, a nosotros, que vibrábamos ante el descubrimiento de los encantos de la lengua medieval del *Cantar de Mio Cid*, “es que al *Cid* no lo dejan leer, ala”, porque lo editaban en español antiguo), comentando el método o manera de Zubiría, “ven una pobre mula, ala, y una noria, ¿qué ala?, y le sacan simbolismo”. Se refería a los versos del poema “La noria”:

La tarde caía
triste y polvorienta.
El agua cantaba
su copla plebeya
en los cangilones
de la noria lenta.
Soñaba la mula,
pobre mula vieja!,
al compás de sombra
que en el agua suena.

Como digo, a pesar de estar casi siempre de acuerdo con las sensibles e inteligentes opiniones literarias del maestro Arango¹⁰, ahora pienso que Machado fue nuestro verdadero

¹⁰ La lectura zubiriana de Machado era tan brillante y tan turbadora como podía ser la que la *nonchalance* le permitía hacer a Daniel Arango sobre algunos versos de *La Iliada*. Así, quedaban empatadas las sensibilidades. Pero, para un aspirante a profef[-sional, -sor] el sendero que traza-

simbolista, un simbolista a la española y no a la francesa (Baudelaire, Verlaine, Mallarmé...), un simbolista que no necesitó la terrible aventura de la destrucción/reconstrucción del lenguaje poético que después llevarían a cabo los poetas de la Generación del 27. Pero éste es otro tema.

Con un estilo no demasiado diferente al de su conversación, es decir, llano y sin inútiles complicaciones tecnicistas, pero poblado de imágenes y expresiones gráficas y llenas de gracia ("...más claro no canta un gallo..."), Zubiría logra una ejemplar claridad en la coherente sistematización de lo que era para él el universo poético machadiano. Sin embargo, ninguna de las páginas del libro puede igualar a lo que era su capacidad de comunicación oral, su sencilla, eficaz y poética elocuencia. Y quisiera insistir en que, precisamente, esta elocuencia fue la causa principal de que don Ramón no escribiera más, no publicara otros trabajos. La oralidad, como pasa con tantos excelentes profesores, se impuso sobre la escritura y, así, nos vemos privados de páginas luminosas sobre la obra de varios escritores clásicos y modernos, hispánicos o no. Y no solamente sobre literatura, sino reflexiones muy jugosas sobre la educación (especialmente la universidad), la cultura, la historia, etc. El recientemente publicado *La dignidad del coraje*, citado más arriba, que reúne notas fragmentarias, apuntes, conferencias o charlas y algunos artículos, es muestra de sus múltiples inquietudes intelectuales, pero no tanto de su verdadera irradiación intelectual o de su trabajo sistemático¹¹.

Quisiera, para terminar, resaltar otro de los fundamentales perfiles de la personalidad de Ramón de Zubiría: su colombianismo. Probablemente podamos verlo, como sin duda a él le hubiera gustado, formando parte de un sistema más

ban Zubiría, Ducay, Cruz, Casas, Patiño era el que había que seguir. Con gusto y con gran provecho. Empleo esta oportunidad para rendirles a todos ellos mi homenaje más sincero.

¹¹ No estoy yo muy seguro de que don Ramón hubiera aceptado que algunas de estas notas se hubieran publicado, pero me parece útil e indicada su publicación en su condición de documentos póstumos.

amplio, que incluía su fe religiosa, su apego a las tradiciones, su amor al terruño cartagenero (y en éste, Manga). Pero todo ello muy lejos de cualquier provincianismo o pacatería. Su firme y entusiasta afirmación colombianista, su optimismo y su peculiar modo de encontrar aspectos positivos aun en lo más negativo, contrastaba con el escepticismo de algunos de nosotros, los estudiantes de la Facultad de los Andes, que a veces se componía de *snobismo*, de juvenil admiración por el mundo cultural europeo (especialmente Alemania para los estudiantes de Filosofía, Francia para los de Letras y para una exigua minoría la España anterior al franquismo), y de cierto desprecio por la tradición y la realidad cultural nacional. Pero el entusiasmo de don Ramón era, a veces, contagioso y uno terminaba creyendo que sí era posible, que el país podía cambiar, que había una esperanza futura. Algunos de nosotros nos dedicamos a las letras nacionales, precisamente agarrados de ese optimismo entusiasta zubiriano y al desánimo que nos producía la efectiva lejanía de otras culturas. Don Ramón creía de manera inmovible en la Universidad, en la capacidad creadora del pueblo colombiano, en el valor de ciertas producciones literarias (a veces para nosotros inexplicables, como su respeto por la obra poética de Rafael Núñez), en la honradez de los políticos, en las buenas intenciones y el desinterés de los empresarios... Nosotros no podíamos compartir algunas de estas honestas convicciones, pero sí que es verdad que, al menos en aquella época y para algunos de nosotros, una sospecha de que Colombia no era sólo lo que, por desgracia, nos había caído en suerte, el lugar ingrato en el que nos había tocado nacer, sino que cabía imaginar una Colombia esperanzada y progresista, nos sostenía tal vez secretamente. Y esa sospecha, estoy seguro, había sido alumbrada por la palabra y el ejemplo zubirianos y, también estoy convencido, por la existencia de una institución como la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de los Andes de aquel tiempo.

EDUARDO CAMACHO



LÁMINA V

Don Ramón con Jorge Guillén
en la Universidad de los Andes
cuando el poeta español
dictó un curso allí, en 1960.

LÁMINA VI. Don Ramón de Zubiría con su amigo y profesor Jorge Guillén,
en la Universidad de los Andes.



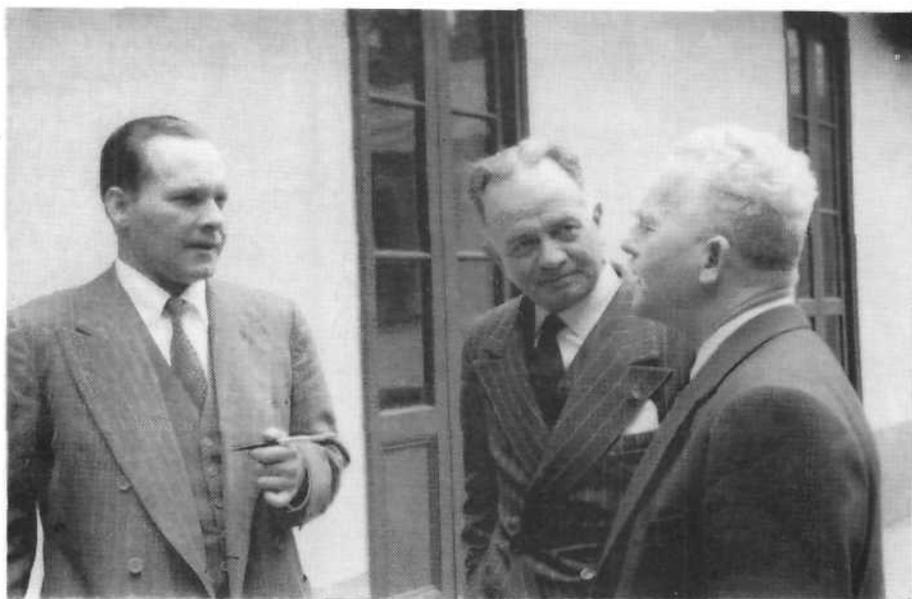


LÁMINA VII. En 1958, en la Universidad de los Andes, acompañado del doctor Jorge Restrepo, rector de esa institución, cuando el doctor De Zubiría era vicerrector.

LÁMINA VIII. En París, don Ramón, cerca del Puente de Alejandro.



LÁMINA IX

En enero de 1977, en la
Plaza de toros de
Cartagena, Colombia,
don Ramón observa una corrida.



LÁMINA X. Saludando al rey Don Juan Carlos de Borbón, en Madrid,
con motivo de la reunión de GULERPE, en el verano de 1980.
A la izquierda, el rector de la Universidad del Valle, doctor Alfonso Ocampo.





LÁMINA XI. Don Ramón, cantando, en una reunión con actores del Teatro Nacional.

II. LITERATURA

